

Editorial

Sobre educación y verdad

Abel Miró i Comas

Universidad de Barcelona

abel.miro@ub.edu

La admiración, el punto de partida de la filosofía

El punto de partida de la filosofía, como descubrió Aristóteles, es la admiración ante aquello que no sabemos explicarnos, ante un hecho que nos aparece como un jeroglífico, como un enigma, como un misterio: «aquellos que fueron los primeros en filosofar, y aquellos que aún hoy filosofan —afirma Santo Tomás de Aquino en su comentario a la *Metaphysica* de Aristóteles— empiezan a filosofar movidos por la admiración de alguna causa [*propter admirationem alicuius causae*]»¹. La capacidad de admirarse implica una indigencia, una negatividad; un sujeto se maravilla ante un efecto cuya causa ignora; entonces, impulsado por esta íntima experiencia, decide empezar a filosofar para «huir de la ignorancia»².

Este es, precisamente, el único fin de la filosofía: «curar» el hombre de la indigencia en la que se encuentra respecto al conocimiento de la verdad; la eventual «utilidad» de este conocimiento es algo completamente alieno a la naturaleza de la filosofía; el hombre no empieza a filosofar persiguiendo ningún otro objetivo que no sea el de «huir de la ignorancia» (y si lo hace, ya no filosofa). Cuando la filosofía corta toda dependencia viva con la admiración —con el momento de luz que, cuando se trata de una actividad sincera, la origina—, degenera en «academicismo»; la máxima contraposición a este último la encontramos en la pureza de la actitud del niño que, queriendo salir de la ignorancia, pregunta «por qué».

1. SANTO TOMÁS, *Sententia libri Metaphysicae*, I, lect.3, n.3.

2. *Ibid.*, n.4

El filosofar, escribe Platón en su *Banquete*, no es propio ni de los dioses, porque en ellos no puede darse ningún tipo de indigencia respecto al saber, ni tampoco de los ignorantes, porque la desgracia de éstos es que consideran que ya tienen suficiente con aquello que poseen, o más exactamente, que creen poseer³. Filosofar es una actividad propiamente humana situada entre dos extremos: entre un comprender pleno, absoluto, perfecto (que es propio de la divinidad), y una ciega inmersión al mundo de la cotidianidad que bloquea la aparición de toda maravilla, porque, en efecto, ¿quién podría maravillarse de aquello que considera completamente esclarecido, obvio?

Admiración y esperanza

Para admirarse es imprescindible no saber, pero al mismo tiempo, no darse por satisfecho con este no-saber; la admiración implica una apertura infantil al misterio, un movimiento tensional orientado hacia el conocimiento de aquello que se ignora: la admiración es, en palabras de Fray Tomás, «*desiderium quoddam sciendi*», es decir, «un cierto deseo de saber»⁴. El aspecto negativo contenido en la admiración, lejos de desembocar en una inmersión desesperanzada a la cotidianidad, a la trivialidad, a la diversión narcotizante, genera una estructura de esperanza.

Esta estructura de esperanza es precisamente lo que diferencia la filosofía de las ciencias especializadas (como la física, la biología o las matemáticas). La pregunta formulada por estas últimas es, por principio, contestable definitivamente. Puede establecerse de una vez por todas cuáles son las causas de una determinada enfermedad infecciosa; pero, en cambio, también por principio, una pregunta filosófica nunca podrá contestarse de manera terminante y definitiva, porque se interroga sobre qué es una cosa «en general y en su último fundamento»: «Nuestro conocimiento es tan débil —dice Santo Tomás— que ningún filósofo ha llegado nunca a investigar totalmente la naturaleza de una mosca, y así se explica

3. PLATÓN, *Banquete*, 204a-b.

4. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I-II, q.32, a.8, in c.

que un filósofo vivió treinta años en soledad intentando conocer la naturaleza de una abeja»⁵.

¿Pero por qué el filósofo no es capaz de conocer perfectamente ni tan sólo cuál es la naturaleza de una mosca o de una abeja? Porque la filosofía, a diferencia de las otras ciencias, aspira a remontarse, a la hora de explicar cualquier cosa, hasta las primeras causas y hasta los primeros principios, hasta la fuente misma de toda la realidad, que trasciende por todos lados la limitación de nuestro entendimiento.

La contemplación es la vocación última del hombre

Algunos autores, en este sentido, han destacado el vínculo que hay entre el término griego θαυμάζειν, que significa admiración, y la palabra θεός, que significa dios, en la medida que lo divino se comporta como el horizonte último de toda admiración, como el objeto hacia el cual se dirige, en último término, el deseo del sujeto admirante. Quien se maravilla del color anaranjado de las nubes al atardecer, de una concha de forma rara, o sencillamente, del hecho que haya cosas y no la nada, lo sepa o no, tiende con la estructura de esperanza antes mencionada hacia la contemplación de la divinidad.

El objeto último de la filosofía sólo se da a quien filosofa en esperanza; aquí se ajustan muy bien esas palabras de W. Dilthey: «lo que se demanda de la persona que filosofa es imposible de satisfacer [*unerfüllbar*]. Un físico, por ejemplo, es una realidad agradable, útil para sí y para otros; pero el filósofo, como el santo, existe sólo como ideal»⁶. Es esencial a la ciencia especializada salir de la admiración en la misma medida que va obteniendo los «resultados» concretos de su investigación; el filósofo, en cambio, no sale nunca de la admiración; parte de ella, avanza a través de ella y desemboca en ella. Incluso en la contemplación de la verdad, que es la actividad en la cual culmina toda la investigación filosófica —actividad

5. ID., *Expositio in Symbolum Apostolorum, Prooemium*.

6. E. Rothacker (Ed.), *Briefwechsel zwischen Wilhelm Dilthey und dem Grafen Paul Yorck von Wartenburg 1877-1897*, Verlag Mar. Niemener, Halle-Saale, 1929, p.39.

consistente en la «visión» casi intuitiva de lo que se ha obtenido a través del razonamiento de manera ardua y progresiva—, permanece todavía una sombra de no-saber; por esta sombra, persisten en la contemplación filosófica la admiración y la esperanza.

Aquello radical del pensamiento aristotélico es que esta ordenación a la contemplación de la sabiduría no es algo pertenezca a una determinada elite intelectual o socio-económica: todo hombre, en tanto que hombre, está destinado a la vida contemplativa, en la medida que solamente en ella encontrará su plenitud y su felicidad. ¿Significa esto que todo el mundo debe dedicarse profesionalmente a la filosofía? No, esto no es una cuestión que tenga nada que ver con la vocación profesional de cada uno, sino con la *vocación de hombre*, con la ordenación constitutiva del hombre al saber. La filosofía, independientemente de su concreción en una actividad profesional, es una vía para conducir a cualquier persona, sea cual sea su oficio, a la plena realización de su naturaleza, que se encuentra en la contemplación de la verdad.

La necesidad del maestro

Para llegar a esta meta, hay dos vías posibles: o bien la sola fuerza de la razón natural del que aprende, y este procedimiento se llama «descubrimiento [*inventio*]», o bien cuando la razón es ayudada exteriormente por un maestro a obtener el conocimiento de aquellas cosas que ignoraba, y este procedimiento se llama «enseñanza [*disciplina*]». No todo el mundo ha nacido para ser el descubridor de una doctrina original, y el hecho que, en nuestro tiempo, tanta gente lo pretenda, dice el obispo tomista catalán Josep Torras i Bages, es contrario a la naturaleza de las cosas: «Son pocos los que han nacido para maestros, y la mayor parte de los hombres debemos contentarnos con ser discípulos. Hasta el mismo procedimiento de exposición de la doctrina, como las fórmulas que contienen las ideas, forman parte del mérito del maestro, y así es que su intérprete no ha de querer ser original, sino únicamente poner en evidencia los conceptos del hombre excepcional, que las generaciones han considerado como una inteligencia superior a la

generalidad de sus semejantes»⁷. Para alcanzar una contemplación activa y personal de la verdad filosófica, la mayoría de los hombres precisamos el acompañamiento de un maestro.

El maestro no puede causar el conocimiento en quien aprende del mismo modo que el fuego causa el calor en el aire; los maestros, ciertamente, no pueden pensar por sus discípulos, pero sí que pueden ayudarlos a pensar por ellos mismos, reproduciendo por medio de signos el camino a través del cual un individuo llega a «descubrir» por sí solo, gracias a su luz interior, una verdad que desconocía. Es necesario que el maestro se esfuerce antes de nada por imitar, a través de la palabra, el proceso de descubrimiento, pero este proceso, como hemos visto antes, parte de la admiración, de la maravilla, del entusiasmo (ἔνθους, es decir, Dios en nosotros).

El maestro debe enseñar a «mirar»

En nuestra época, estamos martilleados con tanta violencia por imágenes banales y artificiosas, que estamos perdiendo la capacidad de «mirar» por nosotros mismos, y, consiguientemente, la facultad de «admirarnos»: uno ya no ve un árbol gigantesco, un atardecer en una playa solitaria o una montaña con una estructura geológica singular; únicamente ve un fondo ideal para una *selfie*.

Este alud de imágenes ha construido alrededor del hombre moderno una coraza tan densa que lo incapacita para «ver» el mundo real, las cosas que palpitan aquí fuera, delante suyo; el mundo circundante se le aparece como un todo compacto y sólido, como una realidad definitiva, acabada, en la cual no queda nada para preguntar. El hombre se ha «aburguesado» espiritualmente, por decirlo con una expresión de Josef Pieper⁸; ha devenido incapaz de profundizar, de captar que en lo cotidiano y habitual se esconde algo verdaderamente desacostumbrado e insólito, «maravilloso».

7. J. TORRAS I BAGES, «Carta sobre el "Motu proprio" de Pío X "Doctoris Angelici nemo", en: *Id., Obres Completes*, Barcelona, Editorial Ibèrica, vol. V, Barcelona, 1914, p.156.

8. J. PIEPER, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 2017, pp. 104-6.

La responsabilidad del maestro, en medio de este panorama donde se juega la posibilidad de salvaguardar la dimensión interior del hombre, de evitar que se convierta en un autómatas, en un consumidor pasivo, completamente dependiente de los eslóganes propagados por el mercado y por los poderosos; la responsabilidad del maestro, decíamos, consiste en enseñar de nuevo a «mirar»; consiste en imitar a Sócrates, que hacía fijar la atención de sus interlocutores sobre las cosas más cotidianas, y las desproveía, de repente, de su evidencia aparente: diariamente hablamos de «mi» gato, de «mi» casa, de «mi» amigo; pero, bien mirado, ¿«tenemos» realmente todas esas «posesiones»? ¿qué significa, en general y en su último fundamento, «poseer algo»? Esta admiración es la experiencia que el maestro debe esforzarse por despertar en sus discípulos; solamente después podrá conducirlos hacia aquella actividad alegre y festiva a la cual todo hombre está llamado en tanto que hombre: la contemplación de la verdad.

Consideramos en este sentido singularmente valioso el aporte de la «Revista Interamericana de Investigación, Educación y Pedagogía», que incluye en sus páginas no solamente artículos técnicos de alta calidad, que son el producto de investigaciones realizadas en el campo de la pedagogía, sino además artículos de reflexión que permiten abordar la problemática educativa desde un enfoque más humanístico y filosófico; como señaló el profesor Eudaldo Forment en su anterior editorial, este último enfoque es indispensable para contribuir a «la recuperación del estudio y la realización práctica de una educación de y para la persona». Una educación que se ordena hacia este objetivo, esto es, hacia el bien y la perfección de la persona, no se opone en absoluto a una educación dirigida hacia la contemplación de la verdad, en la medida que esta última representa un bien para el hombre, o más exactamente, el bien último hacia el cual el hombre se ordena por su misma naturaleza, su plenitud y su felicidad.

Abel Miró i Comas

Vic, 18 de abril de 2019